



# LA CINTA DE COLORES

VI CONCURSO DE CUENTOS REPSOL S. A.

PRIMER PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autor: **Enrique Pinto de la Torre**

AÑO 1993



–¡Noemí, Noemí! –gritó Antón mientras realizaba ostentosos gestos con la mano libre; con la otra tiraba de la Pinta y la Rosa que remoloneaban con el cargamento de hierba después de toda una tarde arando. Nada, no me oye.

–Trae la cuerda, anda, ve junto a tu amiga, pero acuérdate que a las nueve en punto se cena, que a tu madre no le gusta que nadie coma frío, y hoy además viene gente a casa.

Antón corre por el sendero, mira un instante hacia atrás, y tras comprobar que la figura de su padre va extinguiéndose en la lejanía, comienza a atravesar los maizales, sonriendo ante ese crujido sordo de hojas y espigas tronzadas en su carrera.

Noemí se encontraba agachada, introduciendo dos piñas en el saco, cuando Antón la pellizó en la cintura, y su cuerpo dió un respingo, como en una cama elástica, para caer de espaldas sobre un esqueje de silva.

–¡Idiota; –suspiró en un mohín previo al llanto– te parecerá graciosísimo, ¿no?

Antón la ayudó a levantarse aguantándose la risa, pues no quería provocar un enfado aún mayor en su amiga.

–¡Hola; Te vi desde el valle recogiendo piñas y vine a ayudarte a llevar el saco a tu casa.

–¿Ah, sí?, pues ahora, además de cargar con el saco, vas a llenarlo tú. Toma, ya puedes comenzar mientras yo me dedico a comer moras.

– Bueno, bueno, lo haré, pero conste que no fue para tanto, a fin de cuentas era sólo una broma.

Noemí no tardó en ponerse también a recoger piñas, pues el sol comenzaba a caer sobre la montaña y a su madre no le agradaba que permaneciese fuera de casa en la oscuridad, pese a saber que al atardecer siempre se encontraba con Antón, que tenía fama de buen chico; además, aún le quedaban unos deberes de lengua por acabar para el día siguiente.

– Mi padre está seguro de que la vaca Parrula parirá esta noche. Ha avisado a varios vecinos para venir a cenar, y se quedarán esperando el acontecimiento, ¿Por qué no vienes tú también? La cama de mi hermano está libre, podrías quedarte a dormir allí –propuso Antón ilusionado mientras cargaba el saco al hombro.

–No sé, no creo que mi madre me deje, además aún tengo algunos deberes.

–No te preocupes, yo se lo pediré a tu madre; y puedes traerte las libretas y los haces después de cenar sentada delante del fuego.

El saco pesaba bastante y era algo incómodo llevarlo sobre un solo hombro, pues su tamaño lo desequilibraba; en varias ocasiones hubo de cambiarlo de posición, para terminar con él sobre la nuca. A cada parada que Antón hacía, Noemí aprovechaba para recoger la lavanda que crecía salvaje a ambos lados del camino; con ella su

madre hacía la colonia, una colonia que olía tan bien que los domingos en que iban las dos al cine del pueblo, nada más entrar, todo el mundo volvía la cabeza y les sonreían al aspirar aquella deliciosa fragancia.

—Bueno, bueno, veo que no me va a quedar más remedio que concedértelo ante la insistencia de este muchacho —dijo la madre de Noemí, feliz de saber que su hija tenía tan buen amigo—. pero mañana tendrás que venir a desayunar aquí, porque así, mientras tú tomas la leche, yo te repasaré los ejercicios. Antón, ¿no te importaría acompañarla? A las siete aún está amaneciendo y Noemí, aunque no lo diga, sé que es bastante miedosa.

—No, claro, yo la traeré —respondió Antón bien estimado, con aire de responsabilidad.

—Tomad estos pastelillos de nata que había hecho para el postre, llevaos la linterna que nos mandó mi hermana para el camino, ahora oscurece rápido.

Noemí besó a su madre, que salió a despedirlos al umbral. Le dio a Antón sus libretas y la linterna —ella sabía que a Antón le encantaba llevar aquella linterna, tenía tres tipos diferentes de graduación de la luz, una de ellas de un rojo intenso; no había otra igual en toda la aldea— portando ella con cuidado el plato con los pasteles, cubierto con una servilleta. Iban ascendiendo hacia la aldea de Antón por el centro del camino a la vera del río, de ese cuyos remansos se helaban en invierno y en el que

Antón se bañaba en verano. Ella no nadaba como él, tenía miedo a meterse en agua desde el día que teniendo cuatro años, su padre la había obligado a entrar hasta un poco por encima de la cintura; fue entonces cuando tropezó con una piedra y cayó, su padre la sacó a flote rápidamente, pero ella, del susto, había quedado inconsciente durante un rato. Este era el único recuerdo que le quedaba de su padre, exceptuando aquel día en que partió lejos a hacer dinero, hace ya tanto tiempo... Pero mientras Antón estiraba todo su cuerpo al sol dentro del agua. boca arriba, con los ojos cerrados, haciéndose el muerto, ella se sentaba en la rama de un árbol que, desde la orilla, se eleva sobre la superficie del río, y descalza chapoteaba con sus pies en tanto lee alguno de aquellos maravillosos cuentos y libros de poesía que su tía le enviaba. A veces, Antón le pedía que leyese en alto, y por cada poema, por cada frase, él se sumergía a buscarle piedras redondas en el lecho del río, o le pescaba cangrejos que luego su madre les preparaba.

– Antón, a partir del próximo mes tendré que estudiar mucho más, no creo que pueda salir todas las tardes, quizás pasaré días enteros sin verte –dijo Noemí agarrándole la mano libre a Antón~ que ya había encendido la linterna.

– Ya lo sé, yo también estaré muy ocupado; mi padre quiere comenzar la próxima semana la recogida del maíz. Pero no te preocupes, he ideado un sistema para comuni-

carros todos los días. Precisamente lo traigo aquí en el bolsillo, mira.

Antón sacó del bolsillo un tronco de madera hueco, de cuatro manos de largo; se abría y cerraba en uno de sus extremos con un corcho perfectamente ajustado.

—Ayer por la mañana lo probé y va de maravilla. Aquí dentro meteré un mensaje para ti todos los mediodías y lo dejaré navegar río abajo. Al llegar al vericuetto que hay bajo el peral de tu casa, el tronco se parará irremediabilmente al frenarse con las piedras; allí tú sólo tendrás que recogerlo por la mañana antes de ir al colegio. Lo lees, y si quieres escribirme algo, lo metes en el tronco y dejas que este siga navegando río abajo, yo ya he preparado una parada para él con tablas y piedras justo a la vera de la finca de la Marela, a donde he de llevar y recoger las ovejas. Además, si algún día puedes quedar conmigo, aquí tienes esta cinta de colores, si la cuelgas en la rama del Norte del primer carballo que hay camino de la escuela, yo la veré desde la casa de mis primos, adonde voy todos los días también a llevarles la leche. Como ves, todo está muy pensado para que sigamos en contacto diario. Tú eres mi única amiga y no pienso perderte —sentenció Antón con orgullo.

Desde entonces, sus relaciones fluyeron con el río y respiraron con el aire que movía la cinta de colores. El otoño ya estaba en pleno auge; las sombras penetraban cada día con mayor prontitud en el valle, haciéndose

dueñas de la atmósfera. La madre de Noemí salía a esperar la dos kilómetros antes de la casa, allí donde Noemí se separaba de la última de sus compañeras. Por el camino, Noemí le iba explicando todo lo que había hecho ese día en la escuela. Su madre siempre había soñado con ser maestra, pero las circunstancias no le habían favorecido, y ahora su mayor deseo era que su hija gozase algún día de la oportunidad de escapar de la soledad de aquellas montañas, que conociese a grandes poetas, que pudiese extasiarse ante la contemplación de un Velázquez original, que se sintiese minúscula y gigante a la vez entre dos columnas del Partenón. Y siempre, antes de entrar en el hogar, recogían el mensaje de Antón, y era la madre quien sostenía la linterna para que Noemí pudiese responderle allí mismo, dejando que la corriente enlazase sus almas. También era su madre quien, a veces, antes de salir para la escuela le entregaba la cinta de colores y le decía «anda, cuélgala, que hace mucho tiempo que no os véis, pero sólo quince minutos, que tienes mucho que estudiar».

Meses después, una noche su madre la esperaba en el camino muy seria; la besó con una actitud muy tensa y echó a andar en silencio, respondiendo a Noemí con meros monosílabos. Un poco antes de llegar a la casa, le dijo que no irían al río, y ante la súplica de Noemí, le ordenó secamente que entrase en casa. Noemí obedeció, pues pensó que quizás su madre se encontraba enferma o

nostálgica, y a fin de cuentas, bien podría esperar a la mañana siguiente para recogerlo. Cenaron pronto, y la madre no le preguntó siquiera por los deberes que tenía que hacer para el día siguiente. Por la mañana, ya su madre se había levantado, y cuando Noemí se dirigió hacia la puerta, se le interpuso en el camino, la agarró con suavidad por el brazo llevándola hasta la cocina de leña, fue entonces cuando separó el cazo donde se calentaba la leche, sacó del bolsillo de su mandil la cinta de colores y la introdujo en el fuego. Noemí quedó paralizada, no entendía nada. Su madre jamás le había pegado, pero lo que acababa de presenciar le sorprendía mucho más que si lo hubiese hecho.

—Creeme, Noemí, lo que voy a decirte me duele tan dentro como no puedes imaginarlo, pero algún día, cuando seas mayor, te explicaré los motivos y sé que me entenderás. Nunca jamás, ¿me oyes?, ¡nunca jamás! volverás a ver a Antón. Desde ayer nadie de esta familia se relacionará con la suya. Nos han causado mucho daño.

Noemí rompió a llorar. Su madre intentó abrazarla, pero ella se zafó. Cogió la cartera y corrió afuera sin ni siquiera haber desayunado. Ella sabía que aquello era frecuente en esas tierras; que había familias enteras que llevaban generaciones y generaciones sin mediar palabra, y ella misma estaba acostumbrada a no saludar desde que tiene uso de razón al señor Pascual, porque ya su abuela se lo había advertido, pero esto no era lo mismo. Antón

era su amigo, y no tenían derecho a interponerse entre ellos. Voló hacia el río, «Antón no me fallará» —pensó— «me da igual lo que digan, no dejarán que nos veamos, pero nos seguiremos escribiendo a través de las aguas». Buscó por todos lados y sus ojos se empaparon de un agua más amarga que la del río. Se hacía tarde y tuvo que apurar mucho para llegar a tiempo a clase; la tristeza la ahogaba más que la respiración entrecortada por la fatiga.

Todas las mañanas se acercaba al río. Un día tras otro, hasta que la desesperanza convirtió ese recorrido en una simple rutina apática, en un «por si acaso» poco convincente. Pero llegó el invierno, el crudo invierno de interior, el río se fue helando y Noemí se acostumbró a coger directamente el camino del colegio, con solamente una previa mirada triste hacia el peral.

Pasaron los años. Noemí se había convertido en una respetada profesora de un instituto de Bachillerato. Hacía ya cuatro años que aprobara las oposiciones con el número uno. Vivía en la ciudad, adonde había llevado a su madre. Un domingo por la mañana se levantó decidida. Fue a la habitación de su madre, que aún se encontraba durmiendo, y le dejó una nota sobre la mesilla. Condujo a bastante velocidad, pues a esa hora tan temprana no encontró circulación alguna, y mucho menos cuando entró en las carreteras comarcales. Metió el coche por el camino de tierra que conducía hasta lo que había sido su hogar, y lo dejó aparcado delante. Tenía hambre. Hacía ya

cuatro horas y media que había salido y sin desayunar; sólo a eso de las once paró en un bar y tomó un café rápido. Sacó la fruta que había traído consigo y caminó hasta el río. Ascendió por su vera y fue a sentarse en aquel árbol desde el que leyerá a los cuatro vientos a Bécquer, a Lope de Vega, a Santa Teresa de Jesús, y a aquellos nuevos poetas con que la nutría su tía, Cernuda, García Lorca, Miguel Hernández...

Ya había terminado la fruta cuando lo vio llegar. A su lado venía una mujer que aparentaba unos años mayor que él, y delante correteaban un niño y una niña que parecían gemelos. Antón se paró al verla. La miró largo rato, como si no acabase de creérselo. Después le dijo algo a aquella mujer y ella cogió a los niños de la mano y torció por el camino hacia la montaña. Antón se acercó con expresión seria. No había cambiado, simplemente su fornido cuerpo ocupaba mayor espacio, dando aún si cabe mayor sensación de seguridad, pero era el mismo que, hace tiempo que lo sabía, había querido tanto y había odiado; sí, lo odió con fuerza, mañana tras mañana odió su silencio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Antón con un ligero temblor en la voz

—Estoy sentada en mi árbol —le respondió ella secamente. ¿Son tus hijos?

—Sí, y aquella es mi mujer. ¿A qué has venido? Ya veo que sigues sabiendo trepar a los árboles, pero bien me demostraste que sólo lo haces cuando quieres.

—¿Cuándo quiero? ¿Qué quieres decir? ¿No te estarás refiriendo a la cinta de colores? Es lo que me faltaba por oír. Lo único que toda mi vida le seguí echando en cara a mi madre es que me quemara aquella cinta, y pese a ello confié en ti, y mucho tiempo pasó hasta que dejé de acudir todas las mañanas al río, buscando desesperadamente un maldito tronco —le gritó Noemí con los ojos ya irritados.

—¡Mira que bonito! ¿Y a la señora no se le ocurrió pensar que a mí me habían roto el tronco?, ¿ni que durante cinco meses me castigaron sin cesar porque todos los días me cogían intentando hacer otro?, ¿ni que, aún cuando mis primos se fueron a vivir al pueblo, yo seguí yendo a su casa por si colgabas la cinta?

Sus miradas, que al principio escupían resentimiento, se fueron enterneciendo.

—Al cabo de los años mi madre me contó que tu padre le había robado un trozo de este prado —dijo Noemí con la voz más dulce.

—Lo mismo me dijo a mí mi padre de tu madre. Para mi familia ella es la ladrona.

—Pero ahora los dueños de estos problemas somos tú y yo. ¿Soy yo para ti una ladrona? —le preguntó Noemí

—Tú eres la única chica de la cinta de colores —respondió Antón.

Ambos comenzaron a sonreír. Noemí iba a bajar del árbol para abrazar a Antón, pero este la atajó.

–Espera. Quédate ahí. ¿Sabes algún poema de memoria?, pues recítalo –le conminó Antón mientras se descalzaba y se quitaba la camisa.

Cuando Noemí estaba en la segunda estrofa Antón salió del río, totalmente empapado, con una preciosa piedra azulada.

–Es una pena –suspiró Noemí. Ellos ya no poseen estos prados y nosotros jamás poseeremos un barquito de madera tan lindo como aquel.